



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Solemnidad de Jesucristo, Rey del universo

Domingo 24 de noviembre de 2002

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Se celebra hoy la solemnidad de *Jesucristo, Rey del universo*. Esta fiesta está situada oportunamente en el último domingo del Año litúrgico, para poner de relieve que Jesucristo es el Señor del tiempo y que en él se cumple a la perfección todo el designio de la creación y de la redención.

En la conciencia del pueblo de Israel, la figura del Rey Mesías toma forma a través de la *antigua Alianza*. Es Dios mismo quien, especialmente mediante los profetas, revela a los israelitas su voluntad de reunirlos como hace un pastor con su grey, para que vivan libres y en paz en la tierra prometida. Con este fin, enviará a su Ungido, "Cristo" en lengua griega, para rescatar al pueblo del pecado e introducirlo en el Reino.

Jesús Nazareno *cumple* esta misión *en el misterio pascual*. No viene a reinar como los reyes de este mundo, sino a establecer, por decirlo así, la fuerza divina del Amor en el corazón del *hombre*, de la *historia* y del *cosmos*.

2. El *concilio Vaticano II* proclamó con fuerza y claridad al mundo contemporáneo el señorío de Cristo, y su mensaje fue recogido en el *gran jubileo del año 2000*. También la humanidad del tercer milenio necesita descubrir que Cristo es su Salvador. Este es el anuncio que los cristianos deben transmitir con renovada valentía al mundo de hoy.

A este respecto, el concilio Vaticano II recordó la responsabilidad especial de los *fieles laicos* (cf.

Apostolicam actuositatem). En virtud del bautismo y de la confirmación, participan en la *misión profética* de Cristo. Por consiguiente, están llamados a "buscar el reino de Dios, ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios" y también a llevar a cabo "en la Iglesia y en el mundo la parte que les corresponde (...) con su empeño por evangelizar y santificar a los hombres" (*Novo millennio ineunte*, 46).

3. Entre todas las criaturas angélicas y terrenas, Dios eligió a la Virgen María para asociarla de modo singularísimo a la realeza de su Hijo hecho hombre. Es lo que contemplamos en el último misterio glorioso del santo Rosario. Que María nos enseñe a testimoniar con valentía el reino de Dios y a acoger a Cristo como rey de nuestra existencia y de todo el universo.